

Y sin embargo, el talento hace los capitales y adquiere los empleos, y sobrevive á la belleza!
 Y sin embargo, con todos los capitales, y todos los empleos, y todas las gracias, no puede compararse un átomo de talento!
 Una pregunta nos queda todavía por hacer.
 ¿Es cierto que las mujeres aman algunas veces por vanidad?
 Parece imposible que la vanidad, que como indica su mismo nombre, es la necesidad de que griez hasta el amor; pero no nos atrevamos á responder negativamente á la pregunta.
 El amor propio de una mujer es balanza muy poderosa; y no hay corazón que no se incline, si tal es su propósito. Nos permitiremos, no obstante, advertir que si hay alguna vanidad disciplinable y aun meritoria, es la que se cifra en avasallar al talento.
 En ese caso la vanidad es un tirano, que se parece mucho á su víctima.

Adam y Eva eran felices: vivían en un paraíso que inundaba de luz el sol reciente suspendido en el espacio; aspiraban el aroma de mil flores, primer tributo que la humilde tierra dirigía al cielo: esto en precepto les impuso la Omnipotencia creadora; esto un fruto les vedó.

CAPITULO VIGESIMO.

Y Adam y Eva en el momento en que nacieron para lo porvenir á toda la humanidad con el fruto del árbol de la ciencia; desde Eva oyó la angustia de la serpiente; desde Eva, previendo el arrancar el fruto de la vida eterna, LA CURIOSIDAD, extrañarse, y sentir la serpiente; al començarse, y sentirse oír el ruido en las regiones del firmamento y risa en las entrañas del abismo. Eva ha cometido un gran crimen; y lo ha bautizado con el nombre de curiosidad. "La curiosidad es hija de la ignorancia y madre de la ciencia." Absurdo! La ignorancia no puede ser jamás abuela de la ciencia: entre una y otra no cabe parentesco. A nadie ha ocurrido hasta ahora llamar á la filosofía hija de la ignorancia. Y la filosofía no es más que la gran curiosidad de todas las cosas; la curiosidad superlativa. Rectifiquemos: la curiosidad superlativa no es precisamente la filosofía: es otra curiosidad, que con remontarse hasta la primera época del mundo, ha dejado sentir sus consecuencias en todo el linage humano.

Adam y Eva eran felices: vivian en un paraíso que inundaba de luz el sol recién suspendido en el espacio: aspiraban el aroma de mil flores, primer tributo que la humilde tierra dirigia al cielo: sólo un precepto les impuso la Omnipotencia creadora; sólo un fruto les vedó probar.

Y Adam y Eva se envenenaron, y envenenaron para lo porvenir á toda la humanidad con el fruto del árbol de la ciencia.

Eva oyó la sugestion de la serpiente; deseó, vaciló, prevaricó: al arrancar el fruto de la rama se nos figura ver á la naturaleza estremecerse, y sonreír la serpiente: al comerlo Adam creemos oír llanto en las regiones del firmamento y risa en las entrañas del abismo.

Eva ha cometido un gran crimen; y lo ha cometido, según el sentir de un Santo Padre, más que por depravacion, por *movilidad del ánimo*; por efecto de *curiosidad*.

La historia de las pasiones en general podrá ser la historia del hombre; pero nadie negará que la historia de la curiosidad es la historia de la mujer.

II.

No puede definirse la curiosidad de una manera más feliz que con las palabras usadas por el Santo Padre: *movilidad del ánimo*.

La curiosidad no es simplemente el deseo de saber.

En tal caso la filosofía y la simple curiosidad serían palabras sinónimas: y ya hemos dicho que la filosofía es la gran curiosidad de todas las cosas; la curiosidad superlativa.

De aquí procede que no todo curioso sea filósofo, y que no haya un solo filósofo que, en la buena acepcion, deje de ser curioso.

La curiosidad de las mujeres es vicio unas veces, y otras veces necesidad.

Puede también considerarse la curiosidad como un efecto del sistema de educacion.

El espíritu de la mujer tíbiamente alumbrado por la luz de la ciencia, ajeno á toda participacion en los grandes acontecimientos de la sociedad actual, se agita en el vacío, se mueve á lo más en el estrecho círculo que le han trazado las leyes de los hombres; y esa movilidad del espíritu, tradúzcase ó no se traduzca por preguntas, es lo que puede y debe entenderse por curiosidad.

La curiosidad de las mujeres, más que á ellas mismas, debiera avergonzar á los hombres.

Hemos dicho que la curiosidad suele traducirse por preguntas.

Convengamos ante todo en que preguntar lo que se ignora ni humilla ni avergüenza.

Esta máxima, atribuida á los orientales,

es tambien propia de los occidentales y de los habitantes del Mediodía y de los oriundos del Septentrion: es una verdad de sentido comun; y el sentido comun no tiene clima.

No son las mujeres más curiosas las mujeres que más preguntan; es decir, las interrogaciones no deben reputarse como la expresion constante de la curiosidad.

Cuando los ángeles anunciaron á Abraham el nacimiento de su hijo Isaac, su mujer Sarah se quedó escuchando detrás de la puerta.

La curiosidad que escucha es, pues, la verdadera y genuina curiosidad.

Entre esta y la que pregunta existe muy notable diferencia.

Contra la curiosidad que pregunta está la distraccion que no responde: contra la curiosidad que escucha no hay distraccion posible; el único recurso es el silencio.

La curiosidad que pregunta, oye lo que se propone saber: la curiosidad que escucha, llega á saber muchas veces más de lo que se propuso oír.

La curiosidad que pregunta, mira; la curiosidad que escucha, se oculta detrás de las puertas.

La curiosidad que escucha sin ocultarse detrás de las puertas, no es propiamente curiosidad; es justo deseo de aprender; en este sentido se ha dicho, con razon, que quien habla siembra, y quien escucha recoge.

Y como no todo cuanto se oye puede contribuir á la enseñanza, de aquí que se haya dicho tambien, con verdad, que es tan conveniente la discrecion para oír como para hablar.

La curiosidad de las cualidades ajenas degenera en un vicio, que va casi siempre unido á otro: la murmuracion es muchas veces hermana de la envidia.

La curiosidad de la dicha ajena, en determinadas ocasiones, conduce al delito en quien la abriga y en quien la satisface.

III. La curiosidad y habilidad del ánimo.

¿Aman las mujeres por curiosidad? ¿Será curiosidad gran parte de la que el mundo llama coquetería?

Será con frecuencia curiosidad lo que llama el mundo *deseo de agradar*?

Hé aquí una série de cuestiones de palabras.

El amor puede brotar de la curiosidad: la duquesa de Jugar con fuego acude por curiosidad á una cita, y á otra; y mas tarde escribe por curiosidad; y más tarde baja al hospital de locos; y un poco despues se casa (CURIOSIDAD SUPREMA)

La curiosidad es á veces chispa que puede

producir fuego; y con el fuego no se puede jugar sin el riesgo inminente de quemarse.

La curiosidad del amor se llama *coquetería*. Esa curiosidad en las mujeres coincide con la prodigalidad de lisonjas en los hombres.

En el capítulo quinto sentamos este principio: la coquetería en las mujeres no es otra cosa que el reflejo de la constancia en los hombres.

A la diversidad de llamadas no es de extrañar que corresponda la diversidad de emociones; la diversidad de emociones ocasiona la movilidad del ánimo.

La curiosidad y la movilidad del ánimo vienen á ser voces sinónimas.

El deseo de agradar es de suyo noble si se dirige á hacer la felicidad de un hombre honrado y digno.

Pero en la acepcion que el vulgo da á la frase, el deseo de agradar es la avaricia de aplausos; es la tentacion perpétua de los pródigos en lisonjas.

Y la prodigalidad de las lisonjas en los hombres coincide con la *curiosidad del amor*, que se llama coquetería en las mujeres.

El arte de agradar es el libro de texto en la escuela de las coquetas.

La curiosidad es uno de los capítulos más importantes de ese libro.

CAPITULO VIGESIMO PRIMERO.

LA FRIVOLIDAD.

I.

¿Qué diríamos de un rico que en vez de socorrer al necesitado que acude á su puerta, lo reprendiera ágricamente porque no llega á su presencia vestido de ceremonia?

Ese rico nos parecería á primera vista cruel; y recapacitando un poco, ridículo.

Pues supongamos que el hombre es ó debiera ser, en materias de educacion y de instruccion, el rico del ejemplo; y que la mujer es, y no puede menos de ser, el necesitado: ¿qué juicio debe formarse de los sábios que rechazan á la mujer por ineducada, por ignorante, por frívola?

Esos sábios nos parecen á primera vista crueles; y sin recapacitar poco ni mucho, ridículos.

La frivolidad viene á ser la desatencion de las cosas grandes y la curiosidad de las pequeñas.

La generacion actual escarnece á las mujeres que quieren remontar su vuelo á la atmósfera de las cosas grandes, y las escarnece porque no lo elevan de la atmósfera de las cosas pequeñas: es decir, que les veda la noble curiosidad de la ciencia, y les censura la inquieta curiosidad de la ignorancia.

La generacion actual no sabe lo que desea ni lo que pretende: está ébria de orgullo.

II.

Los hombres meditan muchas cosas frívolamente, y hablan con la mayor gravedad: las mujeres muchas veces meditan gravemente, y hablan con la frivolidad más insigne.

Hoy puede decirse que casi todos los hombres son viejos, si no por el rostro, por el cálculo: hoy casi todas las mujeres son niñas, si no por el semblante, por la educacion.

Los hombres son, pues, ancianos sin canas; las mujeres son niñas sin muñeca. Y como es la chochez carga de la ancianidad, y es la

frivolidad achaque de la niñez; de aquí el antagonismo entre lo que un sexo medita y lo que habla el otro sexo.

Todas las mujeres tienen igual condicion y defectos iguales: todas son idénticas; se dividen solamente en morenas y rubias.

No es exacto: quien tal pensamiento ha consignado, revela una frivolidad de razon y de expresion, que excede en mucho á la frivolidad imputada á las mujeres.

Bien mirado, la frivolidad que en las mujeres puede ser un vicio de conformacion científica, en algunos hombres suele ser un vicio de conformacion intelectual.

La mujer que sin cuidarse de las cuestiones internacionales habla de trajes, de teatros y de amores, nos parece mucho menos frívola que el hombre que forma su ocupacion principal con los amores, los teatros y los trajes, y mira como ocupacion accesoria las cuestiones internacionales que está léjos de entender, pero acerca de las cuales no se juzga en el caso de callar.

Es más frívolo que la mujer más frívola el hombre que vive sujeto al almanaque de los bailes y las reuniones, y esclavo del último capricho de la moda.

Es frívolo con circunstancias agravantes el que alimenta la frivolidad de las mujeres lisonjeando sus vanidades y aplaudiendo la ligereza de sus juicios y de sus resoluciones.

Es maliciosamente frívolo el hombre de talento que aplaude y celebra como gracias las inconveniencias que pueda dictar á la mujer su propia frivolidad.

Se dice que en este caso los hombres de talento sacrifican al placer de los ojos el placer de los oídos; ó bien que aplauden como gracia de la discrecion la que es solo gracia del semblante, atribuyendo al ingenio lo que es obra de la belleza; pero esta razon no convence; un hombre de talento levantando falsos testimonios á la discrecion y al ingenio, nos parece un propietario que desacredita su hacienda, ó un labrador que pone fuego á su hacina.

Adviértase, además, que las mujeres, á pesar de toda la frivolidad que quiera suponerseles, oyen con gran interés y creen con facilidad las palabras de un hombre de talento.

¿Son las mujeres tan frívolas como realmente se las cree, como realmente son algunos hombres?

Para responder á esta pregunta debe distinguirse de clases y de condiciones: tan cierto es que no todas las mujeres son idénticas;

que no es la division en morenas y en rubias la única que de ellas puede hacerse.

La mujer que trabaja para su propio sustento y el de su familia no es frívola; no tiene tiempo para serlo: la mujer que en el recinto doméstico coopera á la felicidad de la familia educando el corazon y, hasta donde es posible, la inteligencia de sus hijos; la que sin el orgullo que suele dar la posicion, ni la falsa modestia que suele afectar el orgullo, llena los deberes de esposa y de madre como cumple á la mujer cristiana, no es frívola; no puede nunca serlo.

La que prefiere á la satisfaccion de los mas dulces deberes de la maternidad la tersura de su tez y la elegancia de su *toilette*, esa es verdaderamente frívola.

No lo es verdaderamente la que, reflejando en sus palabras la educacion y la instruccion que ha recibido, depone la verdad estricta acerca de las susodichas educacion é instruccion.

Es mas frívola, mucho más, la sociedad que descuida la educacion y la instruccion de la mujer, que la mujer misma, á quien bajo este concepto parece que menosprecian los titulados hombres serios de la edad presente.

Es más frívola, mucho más, la *seriedad* de algunos de esos hombres, que la ligereza y la superficialidad que ordinariamente atraen sobre las mujeres la reputacion de *frívolas*.

que no es la division en morenas y en rubias la unica que de ellas puede hacerse.

La mujer que trabaja para su propio sustento y el de su familia no es trivial; no tiene tiempo para serlo: la mujer que en el recinto domestico coopera á la felicidad de la familia educando el corazon y hasta donde es posible, la inteligencia de sus hijos; la que sin el orgullo que suele dar la posicion, en las modestias que suele afectar el orgullo, lleva los deberes de esposa y de madre como ejemplo á la mujer cristiana, no es trivial: no puede nunca serlo.

La que pertenece á la castidad de los mas dulces deberes de la maternidad la ternura de su lex y la elegancia de su toilette, es verdaderamente trivial.

No lo es verdaderamente la que refleja en sus palabras la educacion y la instruccion que ha recibido, porque la verdad es que la accion de las susodichas educacion é instruccion.

Es mas trivial, mucho mas la sociedad que describe la educacion y la instruccion de la mujer, que la mujer misma á quien hace este concepto parece que merecian los titulos humanos antes de la edad presente.

Es mas trivial, mucho mas la sociedad de algunas de esas honras, que la ligereza y la superficialidad que ordinariamente atraen sobre las mujeres la reputacion de triviales.

No debos preguntarse que ha mujer sea falsa por naturaleza, cuando lo es solo por educacion: la mujer no hace falsas, sino que se hace falsa, y en consecuencia la educacion que examina con buen criterio en que consiste de ordinario la falsedad de una mujer se describe mas bien que mal.

CAPITULO VIGESIMO SEGUNDO.

Las mujeres, tratándose de los pensamientos de su sexo, aunque mienten no son falsas. Por que cuando se pregunta un hombre si no le debe hablar, LA MENTIRA. Consultad sus ojos, su color, su respiracion, que eso y no otro es el lenguaje que la naturaleza les ha dado para responderos.

Do dicho resalta que á tal punto de rigor

“La mujer engaña por instinto” ha escrito un detractor del sexo débil; pero ese detractor da señales de no haber estudiado el instinto de la mujer.

Precisamente sucede lo contrario: la mujer es veraz por instinto; pero las condiciones sociales, el sistema de educacion conspira de una manera dolorosa contra su veracidad.

Desde los primeros años de la vida, la mujer aprende á falsificarse y á falsificar las ideas y los sentimientos: andando el tiempo, la mujer miente sin saber que miente; falta á la verdad, ó la oculta, con la mayor tranquilidad, sin darse siquiera cuenta de ello.

No debe, pues, creerse que la mujer sea falsa por naturaleza, cuando lo es solo por educacion: la mujer no nace falsa, sino que se hace falsa.

Y aun examinando con buen criterio en qué consiste de ordinario la falsedad de la mujer, se descubre más bien que malicia en el corazon, timidez ó frivolidad en las palabras.

Las mujeres, tratándose de los pensamientos de su sexo, aunque mienten no son falsas. ¿Por qué consultais su boca, pregunta un filósofo, si no es su boca la que debe hablar? Consultad sus ojos, su color, su respiracion, que ese y no otro es el lenguaje que la naturaleza les dió para responderos.

De donde resulta que á tal punto de rigor llega el estado de sitio en que el sexo fuerte tiene al sexo débil, que no le permite ni saborear el dulce fruto de la ingenuidad.

De manera que en las mujeres está próxima á verificarse la paradoja aquella de que el lenguaje es el medio de que la humanidad se vale para ocultar sus pensamientos; que es como si dijéramos: la luz se ha hecho para que el mundo viva á oscuras.

A tales absurdos conduce la injusticia de los hombres.

Hay, pues, dos diccionarios para las mujeres: el de los labios y el de los ojos: ó sea, el de las palabras y el del corazon.

A la afirmacion en uno de estos diccionarios corresponde casi siempre la negacion en el otro: concordarlos y establecer la armonía entre el pensamiento y la palabra, que es su maravilloso vehículo, será la obra de la discrecion y del talento.

II.

La mujer carece de la libertad de expresion que el hombre goza sin obstáculo y sin restricciones.

Esta carencia de prudente y racional libertad obliga á la mujer á crearse un lenguaje artificial que reemplace al lenguaje hablado, cuyo uso le prohíbe el hombre con una generosidad que da compasion.

Para todas las preguntas que se refieren á cuestion de amores, la jóven tiene siempre el *no* en los labios y el *sí* en los ojos: lo cual prueba que los ojos son más ingénuos que los labios.

Los hombres hemos llevado la crueldad y la ridiculez hasta el punto de exigir que las mujeres inspiren amor, y que protesten y juren que no quieren inspirarlo. ¿Qué es esto sino exigir una mentira? Las mujeres nos engañan por obedecernos.

Lo que se llama falsedad y mentira en la

mujer puede definirse sencillamente "arte de comunicar los pensamientos sin descubrirlos." Verdaderamente, las mujeres engañan con frecuencia á los hombres; pero más veces se engañan á sí propias. No negaremos que los engaños que las mujeres usan con los hombres pueden traer perjuicios graves; mas ¡ay! los engaños en que las mujeres incurren por sí propias, suelen ocasionarles irremediable desventura.

Bien puede asegurarse que la galantería, tal como la entiende la actual sociedad, no es más que un juego de ficciones que ni siquiera pueden compararse con las del teatro: en las ficciones escénicas, hay por lo menos verosimilitud; y las exageraciones de la galantería son casi siempre inverosímiles.

Si con algo puede compararse el sistema de ficciones que constituye la galantería, es con un carnaval; pero debe advertirse que en los bailes de carnaval se disfraza el cuerpo y se ocultan las ficciones de la cara; y en los salones en que reina la galantería se disfraza el alma y se ocultan los pensamientos.

Las mascaradas sin careta son una gravísima desgracia para la sociedad.

Decía un sábio, que la mentira es pecado antisocial: y decía muy bien. Por la mentira se falta á Dios, autor de toda verdad; se falta á la propia dignidad humana, se falta á los semejantes. La mentira, que por sí es un pecado, sirve además de auxiliar á casi todos los pecados.

No hay mentira inocente: la que más inocente parece puede conducir á un abismo; porque allí donde en realidad no hay malicia, la malicia humana se encarga de suponerla.

La verdad ha de ser la mejor amiga del hombre, y la amiga más leal de la mujer.

Bien se nos alcanza que las mujeres no emplearían el arma de la mentira á no empeñarse en combatir, con armas iguales, á los hombres; pero es preciso que adviertan las mujeres que el arma de la mentira está de tal modo templada, que los hombres hieren con ella, y las mujeres con ella se hieren.

Se dice ordinariamente que las mujeres toman como verdades incontrovertibles las mentiras que lisongean su vanidad; y esto no es exacto en todos los casos: las mujeres de talento no creen lo increíble; pero están siempre dispuestas á perdonar ciertas mentiras agradables que forman la base y el fondo de

la adulacion. Y cuando esto acontece á los hombres de más gravedad, ¿habíamos de reputarlo como delito, tratándose de la mujer?

Ante todo, justicia; y no vayamos á considerar como privativa de la mujer una mala cualidad que aprende del hombre, y que el hombre se empeña en que no olvide.

Hablemos siempre verdad á las mujeres, y arruinaremos el imperio de la coquetería.

La mentira que en boca de las solteras puede ser funesta, es funesta de seguro en boca de las casadas. La paz del matrimonio jamás puede descansar sobre la mentira; porque la mentira es la negacion, y la negacion no es base; es el vacío.

Escuche siempre la verdad en su rededor la mujer casada, y se arruinará el imperio de la discordia en los matrimonios.

Una proposicion, y concluimos. Para convencernos de si es curable ó no la propension á mentir que el hombre tanto deplora y censura en las mujeres, ¿quereis, lectores, que hagamos un ensayo por nuestra cuenta?

¿Quereis que probemos á no engañar á las mujeres, á usar con ellas por espacio de algunos dias el lenguaje de la verdad?.....

CAPITULO VIGESIMO TERCERO.

EL ESTUDIO.

I.

¿Por qué las mujeres no habian de acudir á universidades y recibir grados y ejercer profesiones científicas é industriales?

Ignoramos si algun escritor ha dirigido al mundo esta pregunta; lo que sabemos de cierto es que la ha dirigido una escritora.

El mundo, como es natural, no ha contestado.

Dotada está de razon la mujer; memoria tiene para conservar; entendimiento para conocer; voluntad para decidirse, y mucho corazon para sentir: puede estudiar; puede saber: que estudie y que sepa; ábranse universidades para las mujeres; confiéranseles grados; que ejerzan profesiones científicas é industriales.